

LOS LIMITES DE LA REAFIRMACION IDENTITARIA

Dr. Fortunato Mallimaci – Profesor UBA e Investigador del CONICET

Beber en su propio pozo y Mirar lejos no son sólo títulos de dos libros, sino profundas reflexiones del teólogo más importante que ha producido el catolicismo latinoamericano: la del sacerdote peruano, hoy dominico, Gustavo Gutiérrez.

Quien es reconocido mundialmente como el principal animador de la llamada Teología de la Liberación propone hablar de Dios desde el sufrimiento de los pobres, desde la utopía del amor encarnada en la promesa de liberación, insiste así en la necesidad de construir un cristianismo que parta de contextos, realidades, símbolos y sobretodo espiritualidades de los hombres y mujeres que hoy son considerados “no personas”. Al mismo tiempo tiene una mirada que sale de la coyuntura para imaginarse como será el mundo en los próximos años ante las cambiantes relaciones sociales, de género, étnicas, sexuales y simbólicas. Ante una modernidad que derretía (y derrite) en nombre del mercado los “sólidos” construidos durante decenios, llama a una profunda revisión de la vida cristiana en el continente.

El sacerdote Gustavo Gutiérrez como numerosos otros obispos, teólogos, sacerdotes, teólogas, religiosas y cristianos críticos a lo que creían una falta de sensibilidad a la vida profunda de América Latina por parte de la Iglesia fueron silenciados, llamados al orden, perseguidos y mientras otros abandonaban la vida eclesial durante los últimos 25 años...

Recordar el Papado de Juan Pablo II en sus casi 27 años es una tarea compleja, difícil y debe evitar calificativos apresurados. Su presencia y su carisma han impactado ampliamente a nivel mundial. En la época de la guerra fría se lo llamaba el tercer grande, junto al presidente de los EEUU y el líder de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Fruto de sus viajes que le permitieron un contacto emocional y directo con millones de personas, sus llamados a la movilización de los catolicismos nacionales para que rehagan su presencia pública y su afirmación doctrinaria e identitaria de un catolicismo integralista de fuerte impronta social que combatía tanto al comunismo como al exceso del mercado y denunciaba las guerras, hicieron crecer su figura en la sociedad mediática a límites insospechados.

Esta reafirmación identitaria integralista que combina la presencia y crítica social con un fuerte disciplinamiento interno que elimina todo tipo de cuestionamientos y dudas, significó con el correr de los años concentración de autoridad, dificultad de consensos amplios al interior del catolicismo, formación de nuevos grupos y movimientos que respondan sin fisuras a cambio de favores y la creación de una “nueva” tradición dogmática. La moral sexual católica, la negación del casamiento a los sacerdotes, la nula participación en las decisiones jerárquicas de las mujeres y un alejamiento paulatino de las necesidades y demandas cotidianas de la sociedad, en especial del mundo de los pobres está llevando a la Iglesia católica a fuertes disonancias con amplios sectores sociales.

Las sociedades van por otros caminos. Asistimos no a la desaparición sino a nuevas formas de vivir lo religioso. Se cree sin pertenecer, se pertenece rearmando cada uno su propia

religiosidad (especie de cuentapropismo religioso), se disuelven las identidades únicas y de nacimiento buscando los creyentes otros catolicismos, otros cristianismos u otras religiones y sobre todo se asiste a un proceso de des-institucionalización y a una des-regulación de las creencias . Este proceso corre (o permite cuestionar según como se sitúe el actor) – imperceptiblemente a veces, con movimientos vagos otras, sin las crisis violentas de otras décadas- identidades únicas y pertenencias fijas e inamovibles. América Latina es un ejemplo de un activo y plural mercado de bienes de salvación que ha quebrado la hegemonía católica. El evangelismo pentecostal no es un accidente sino una realidad que involucra entre el 10 o el 15% de toda la población del continente .

Hacia futuro la Iglesia católica puede seguir reafirmando doctrinariamente verdades eclesiales que corresponden a un momento histórico y dejar de lado a toda pluralidad y diversidad imponiendo férreos controles disciplinarios. El ghetto de certezas únicas e inamovibles de pequeños grupos o Iglesias mediáticamente presentes pero sin base social (burocracias sin respuestas a las demandas de sus fieles) son posibilidades que se abren. Pero atención, así ya no se puede pretender el todo. Mayor pluralidad, mayor participación, mayor apertura y diálogo a las angustias de todo tipo que hoy hombres y mujeres reclaman a sus religiones, en especial los vulnerables, oprimidos y discriminados, pueden ser otros caminos.

Si se sigue con “más de los mismo,” Gustavo Gutiérrez y otros anónimos y sobre todo anónimas serán silenciados o ignorados. Un camino que retome las esperanzas de apertura a cambios estructurales, de mayor participación en la vida del cristianismo y a las exigencias de individualidad, autonomía y placer para la vida cotidiana de varones y mujeres (como los que produjo el Concilio Vaticano II allá por los 60) , permitirá quizás a miles y miles, no ser el todo pero ser una parte valiosa y enriquecedora de ese todo. Nada ni nadie puede garantizar los caminos que se abren. Por suerte, el futuro es una aventura incierta.